

Este libro, inspirado en testimonios que han sido recogidos por Unicef, cuenta las historias de niños, niñas y adolescentes que abandonaron su país en busca de días mejores. Ellos, sin importar de dónde vienen o hacia dónde van, ante todo son niños y deben ser protegidos.

En el mundo, cerca de 50 millones de niños, niñas y adolescentes han atravesado fronteras o han tenido que desplazarse a la fuerza. En el caso de América Latina, la cifra alcanza los 6,3 millones. Además de tener que dejar atrás su hogar, familia y amigos, estos niños se enfrentan a un sinnúmero de situaciones peligrosas y muchas veces tienen dificultades para ser incluidos en su nueva comunidad o escuela. Lo que nunca se puede olvidar es que los derechos de los niños siempre viajan con ellos.

Unicef, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, es la organización más importante del mundo en la misión de apoyar a niñas, niños y adolescentes que más lo necesitan, promover sus derechos y salvar sus vidas. Está presente en 190 países y en Ecuador trabaja para que cada niño crezca libre de violencia, tenga oportunidades justas, se alimente adecuadamente, cuente con agua limpia, acceda a una educación de calidad y crezca con salud y amor.

Al comprar *Voces de caminantes*, además de leer historias que conmueven y traen esperanza, colaboras para que Unicef en Ecuador pueda continuar esta labor. ¡Gracias por tu apoyo!

Las opiniones expresadas reflejan los puntos de vista de las personas que han contribuido a esta publicación y no reflejan necesariamente las políticas ni la visión de Unicef ni de ninguna otra organización involucrada o nombrada en esta publicación. El texto no ha sido editado de acuerdo a los estándares oficiales de publicación de Unicef, por lo que tanto Unicef como sus aliados no aceptan ninguna responsabilidad por posibles errores.



www.loqueleo.com/ec

© 2019, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-356-0

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Octubre 2019

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: María Gabriela Tamariz

Ilustración: Roger Ycaza

Corrección de estilo: Nicolás Jara Miranda

Diagramación: Sandra Corrales y Diana Novillo

Autoría de actividades: Lucrecia Maldonado

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Voces de caminantes

María Fernanda Heredia



loqueleg

Índice

Andreína	9
Elisa y Juan	21
Ernesto	27
Gaby	39
Isabelle	48
Rossana	60
Jerónimo	71
Roberto	83
Mariela	92
Biografía	101
Cuaderno de actividades	103

Nota de la autora: Todos estos relatos han sido escritos y recreados a partir de testimonios reales. Sin embargo, los personajes y hechos narrados son completamente ficticios.

Andreína

*Relato inspirado
en el testimonio
de Annmaried P.*

Estaba enamorada. A los diecisiete años, Andreína no recordaba haber sentido antes algo así. Parecía que, ante esa emoción, todos los problemas se hacían pequeños y las cosas que antes le disgustaban o le preocupaban habían perdido fuerza. No había olvidado la difícil situación que vivían en su casa, las necesidades, la falta de trabajo de su madre y de su padrastro, la nevera vacía y las historias sobre la inseguridad reinante en las calles que se contaban con gestos de angustia por todas partes, solo que en ese momento Andreína se sentía fuerte y optimista, como si el amor le hubiera inyectado una capacidad especial para mirar al futuro sin miedo.

Había comenzado a salir con Javier ocho meses atrás. Su mejor amiga se lo había presentado, entre ellos había surgido el flechazo y desde ese momento no habían vuelto a separarse.

En el colegio, sus compañeras se burlaban diciéndole que andaba por las nubes:

—¡Cuidado y te estrellas con un pájaro o con un dron!

Ella solo reía y les contestaba que ya la entenderían cuando se enamoraran de verdad.

10 Andreína vivía con su madre, que era maestra; con su padrastro, que tenía un pequeño negocio de ruedas para autos; y con sus dos hermanitos pequeños, Marta, de once años, e Ítalo, de cuatro.

La crisis en Venezuela se había ido agravando y su madre había perdido el trabajo en la escuela donde daba clases a los niños de Primaria. Los padres ya no tenían dinero para pagar las pensiones y la cadena comenzaba: retiraban a los niños de la escuela, la escuela se iba quedando sin alumnos, no había dinero para pagar a los docentes y venían los despidos. Todos perdían. Padres sin dinero ni trabajo, niños sin escuela, escuelas sin estudiantes, maestros sin alumnos. Todos a la calle.

Tampoco el negocio de las ruedas para autos del padrastro de Andreína lograba sostenerse y los clientes escaseaban. Nadie compraba ruedas nuevas, pues parchaban las viejas, arreglándolas de a poco, o simplemente las personas dejaban de usar sus vehículos porque era imposible encontrar repuestos.

De hecho, el país se parecía a esos autos que ya no podían ponerse en marcha porque no tenían repuestos, porque no funcionaban el volante ni el acelerador, porque ya ni con parches lograba cubrir los agujeros de la crisis.

Sin embargo, Andreína vivía en un paréntesis temporal, un pequeño espacio para olvidar todo lo malo y descubrir que, pese a todo, el amor siempre se las ingeniaba para arreglar los paisajes más decaídos.

11

Los meses transcurrieron y, una mañana en el colegio, se sintió extraña, como si su cuerpo le susurrara algo al oído y supo, sin lugar a dudas, lo que le estaba pasando.

—¿Estás segura? —le preguntó su mejor amiga.

—Sí.

—¿Javier ya lo sabe?

No. No lo sabía, ya llegaría el momento, pero a Andreína lo que más le importaba era entenderlo ella, asumir que iba a tomar una decisión que cambiaría por siempre su vida.

Esa tarde, cuando regresó del colegio, vio a su madre sentada en el comedor, con gesto de preocupación. Había varios papeles sobre la mesa y una pequeña calculadora. Andreína la miró y supo que debía contárselo.

—Mamá, yo...

—No podemos más —dijo la madre, sin darse cuenta de que había dejado a su hija con la palabra en la boca. Una lágrima se le escapó y prosiguió—: No nos alcanza para la comida ni para el colegio. No podemos pagar las cuentas ni la deuda con el banco. No hay trabajo ni esperanza de conseguir uno. No hay nada, hija, nada...

12

Suspiró y se cubrió los ojos con las manos para detener el torrente de lágrimas que pedían salir. Era la primera vez que Andreína la veía derrotada; se sentó a su lado e intentó consolarla.

—Ya encontraremos una solución, mamá.

La madre se sonó con un pañuelito de papel y le dijo:

—Solo hay una solución... Nos vamos de Venezuela, no podemos seguir aquí. Ya lo hemos decidido. Nos vamos a Perú. Tu prima Elisa nos ayudará. Ella vive ya tres años ahí, conoce gente, nos puede conseguir un trabajo a Néstor y a mí. Me ha dicho que hay una escuela en la que necesitan maestros. Néstor podría intentar en un taller mecánico, él sabe de esas cosas. Tú e Ítalo irán al colegio...

—Pero...

—Pero nada, Andreína. No podemos quedarnos aquí, se agotaron nuestras posibilidades. Ya no

podemos seguir confiando en que nuestra suerte cambiará. Cerraremos la casa y en dos días nos iremos. Empaca, ayuda a tu hermanito...

—¿Y Marta?!

—Tu hermanita se quedará con tu padre. Hablé con él esta mañana. Quizá más adelante, cuando estemos instalados en Lima, logremos que ella pueda reunirse con nosotros. Tu padre se encargará de cuidarla hasta entonces.

13

Andreína se levantó angustiada. Al escuchar a su madre se dio cuenta de que su mundo se estaba poniendo de cabeza y no sabía cómo hacer para enderezarlo.

—¡No nos podemos ir, mamá! ¡Menos aún sin Marta! ¡Sigamos luchando aquí, sigamos intentándolo! ¡Tú no puedes sacarnos de la casa como si nada! ¡Ni siquiera tenemos la seguridad de que mi prima nos pueda ayudar en Perú! Aquí tenemos amigos, familia, vecinos...

—¡Sí, amigos, familia y vecinos, y todos ellos están más pobres y más desesperados que nosotros, Andreína! ¡Nadie nos puede ayudar!

La joven se levantó sintiendo que en ese momento era ella quien no podía dominar sus lágrimas.

—No me has preguntado si yo quiero irme, ¡no puedes obligarme!

—¡No me vengas con esas! ¡No intentes ponérmelo más difícil, por favor! ¡Eres menor de edad, vives conmigo, que soy tu madre, y yo sé lo que es mejor para ti!

—¡No lo sabes, mamá! ¡Yo no me quiero ir! ¡Yo me quiero quedar aquí, en Nirgua!

14 Al decirlo pensaba en su hermana, en Javier, en sus amigas, en su mundo. La joven dio un golpe en la mesa como un gesto de impotencia. La madre meneó su cabeza, buscaba las palabras correctas para convencerla, para que ella entendiera que no había otra salida que migrar.

—Tampoco es fácil para mí, Andreína. Néstor y yo llevamos noches sin dormir, haciendo cuentas, pensando en todas las posibilidades y, créeme, solo tenemos esa opción. El único dinero que nos queda es para los pasajes de autobús. Este país cada vez se complica más y más. ¿No has escuchado a la vecina? Lleva más de dos meses sin tomar sus pastillas para la hipertensión porque no existen, porque no hay dónde comprarlas, porque los únicos que las venden son piratas que piden por una caja de píldoras lo que esa señora gana en un mes de trabajo. Sé que reaccionas así por tus amigas, Andreína, y por tu novio. Pero tienes que pasar esta página. En Perú comenzarás otra vida: otras amigas y quizá otro novio, créeme que...

En ese momento, Andreína interrumpió a su madre:

—Estoy embarazada.

Ítalo salió de su cuarto y preguntó qué ocurría. Ambas miraron al niño y le mintieron diciéndole que todo estaba bien, que no se preocupara y que regresara a seguir jugando.

—Pero tienes los ojos rojos, mamá, y tú también, Andy. ¿Están llorando? ¿Les duele la barriga? —dijo él que solo sabía asociar las lágrimas al dolor de una herida o de una constipación.

—No, nada de eso. Estábamos viendo una película triste, Ítalo, eso es todo.

—Pero la tele está apagada, mamá.

—Por eso mismo, porque ya no queremos llorar con esa película, por eso la apagamos.

El niño se mordió el labio, como si no terminara de creer en lo que le decían y volvió a la habitación. Nuevamente se quedaron a solas y Andreína se lo confirmó a su madre: tenía tres meses de embarazo. El niño nacería cuando ella y Javier ya hubieran cumplido dieciocho años.

La primera reacción de su madre fue de rabia y decepción; más de dos veces repitió las frases: «Pero ¡cómo...!», «Pero ¡por qué...!». Ambas estaban